

La Lectura Popular



El pan de San Antonio

¿Qué es el pan de San Antonio?

El pan de San Antonio es un pan milagrosísimo que sirve para alimentar el estómago de los pobres, para iluminar la cabeza de los ricos, para consolar el corazón de los tristes y para alentar las esperanzas de todo el mundo.

—¡Hombre! ¡admirable pan!

—Pues no menos admirable es la manera como lo amasa Dios.

Van ustedes á ver que modo tan sencilla tiene Dios de arreglar todas nuestras cosas y que poco necesita su providencia para resolver de una plumada lo que hoy llaman la cuestion social. Porque supongo que ustedes habrán oído hablar de la cuestion social; ese problema morrocotudo que hace temblar las carnes de las gentes que llevan la camisa limpia, á par que hincha las venas del cuello á los que no la tienen para pedir á grito pelado no solo la camisa, sino el gaban y los pantalones del vecino.

Pues bien; digo que, verán ustedes que traza tan facil ha dado Dios para resolver este gravísimo negocio, al que no han podido hincar el diente los estadistas más afamados de la tierra.

Discurramos antes un poco sobre el asunto.

Que los hombres no nacemos todos iguales, cosa es que salta á la vista porque los unos nacemos tontos, los otros listos, los unos sanos, los otros enfermos, los unos fuertes y robustos, los otros débiles y desmedrados. Ahora bien: dada esta nativa desigualdad humana; desigualdad que á mi vecino Colás le hacía cavilar hasta devanarse los sesos, por lo cual un chusco le hizo unos versos que decian:

Cuentan de un tonto que un dia
Los sesos se devanaba
De tanto que cavilaba
Pensando esta tontería:
«¿Por qué el Señor nos haria
Desiguales? ¿Qué rareza!»
—Pues ¡menuda es la simpleza!
Contestaron sus dos pies:
Si andas, Colás, ¿por qué es?
Porque no somos cabeza.

Dada esta nativa desigualdad de fuerzas, repito, es muy lógico que á ella siga la desigualdad de fortunas y que en el mundo haya pobres y ricos, tanto más ricos ó más pobres, cuanto sean mayores ó menores las condiciones que tenga cada cual para capitalizar el fruto de sus aptitudes.

Pero la ciencia moderna, ciencia casi tan huera como la cabeza del buen Colás, se empeñó hace tiempo en bus-



COLÁS

car tres pies al gato y resolver el intrincado problema inventando primero los falsteríos de Fouriére y luego soñando con el rasero de una legislacion socialista que había de igualar la humanidad como el alcalde del cuento igualó á sus subordinados mandando hacerles los zapatos á la misma medida. Vana quimera; ni Fouriére ni el alcalde de la historia, han conseguido ni conseguirán jamás que dos y dos dejen de ser cuatro y que el pez grande deje de tragarse al pequeño. Solo hay un medio de arreglar el negocio y ese no consiste en evitar la antropofagia económica, consecuencia ineludible de la desigualdad de fuerzas digestivas, sino en hacer que los gordos ayuden con su gordura á los flacos, ó lo que es lo mismo que los ricos auxilién á los pobres, movidos por el resorte de la caridad cristiana, fuerza equilibrante sin la cual la har-

monia económica del mundo es tan imposible, como lo sería la de la naturaleza si se suprimiera el calor del sol.

¿Pero quién pone el cascabel al gato? preguntarán mis lectores; ¿quién mete el sol en el corazón de los ricos?

Aquí entra San Antonio con su pan.

Sabido es que el corazón humano es de suyo interesado y egoísta: hacer el bien por el bien mismo es solo cosa de santos. Esto debió tenerlo en cuenta San Antonio bendito cuyo amor al pobre pueblo es harto proverbial como lo reza su responsorio.

Si buscas milagos mira
Muerte y error desterrados
Miseria y demonio huidos
Leprosos y enfermos sanos
El mar sosiega su ira
Redímense encarcelados
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos
El peligro se retira
Los pobres van remediados, etc.

Pobres, enfermos, encarcelados, leprosos, miserables, gente que no tiene nada que perder porque lo ha perdido todo, he aquí la clientela del Santo abogado de los descamisados que, sin duda, en el cielo no hace otra cosa que pedir á Dios por sus parroquianos.

—Señor, exclamaría un dia el Santo, levantando sus ojos á Dios: yo no sé lo que pasa en la tierra, pero estoy observando que desde que han empezado en ella á hablar de fraternidad al pobre que cae ni la caridad lo levanta. Hay que tomar alguna disposicion porque eso de los pobres y los ricos se está poniendo muy mal.

—Antonio, debió contestarle el Señor, ya sabes que te quiero y que dispones de mis cosas como tuyas; haz lo que te parezca.

—Pues lo que me parece es que si yo hago llover maná sobre mis pobres defendidos como la hicisteis llover Vos sobre el pueblo de Israel, á la altura á que se han puesto las cosas, serian capaces los sabios y poderosos de la tierra de inventar máquinas para recogerlo ellos solos aunque se les pudriera. O le impondrían una contribucion despampanante; ó harian

cualquier otra diablura para quitárselo á los hambrientos antes de que se lo llevaran á la boca; como acontece con el maná natural de los frutos de la tierra que cada día abunda más y cada día los pobres lo disfrutan menos. Creo que lo mejor sería (ya que Vos me habeis otorgado tan liberalmente la facultad de remediar las necesidades humanas) imponer yo una contribucion á mis favores para que esa contribucion recaiga en provecho de los pobres; á ver si alguna vez les salen á estos las cuentas derechas.

—Bien pensado Antonio.

—Desde hoy milagro que yo haga se ha de pagar. No me he de contentar ya con suspiros y oraciones y la bolsa quieta. Aceptaré las oraciones y aun les impondre, pero acompañadas de un tributo que ha de ir directamente al estómago de mis amigos: un tributo de pan.

—¡Magnífica idea!

—De esta manera conseguiré varias cosas. Primera, duplicar las obras de caridad; pues el que me pida un favor tendrá que retribuirlo haciendo él á su vez otro en provecho del necesitado. Segunda; despertar la fé en el corazón de los incrédulos pues la multiplicacion de mis prodigios hará ver palpablemente vuestro divino poder. Y tercera, dejar resuelto en principio ese problema social de que hablan tanto los *bachilleres* de la tierra y demostrar como dos y dos son cuatro, que para que en el mundo reine la *igualdad* y la *fraternidad* lo que falta no es inventar constituciones nuevas, sino cumplir la antigua que establecisteis Vos en el Sinay mandando amaros á Vos sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

—Antonio, estás inspirado: pon manos á la obra.

Y San Antonio las puso como se verá por los capítulos siguientes.

Origen de la obra

Hace unos cinco años (Marzo de 1890) una piadosa señora de Tolon, dueña de una modesta tienda de lienzo situada en la calle de Lafayette, al abrir su almacén observó que habia perdido la llave. Llamado el cerrajero, probó este cuantas llaves maestras tenia en su taller y no logrando su objeto, trató de descerrajar la puerta; más la señora Luisa Bouffier, que asise llamaba la dueña del establecimiento, acordandose en aquel instante de San Antonio de Pádua sintióse movida á ofrecerle una limosna de pan en favor de los pobres si se abría el almacén sin arrancar la cerradura.

«Aguarde V. maestro, dijo: acabo de ofrecer una limosna á los pobres si S. Antonio hace un milagro; pruebe V. de nuevo cualquiera de las llaves que acaba de usar.

Hízolo así y la primera llave que introdujo abrió la puerta sin ofrecer la mas pequeña resistencia.

Grande fué la sorpresa y la gratitud de la piadosa señora Bouffier y no menor la admiracion de las personas que presenciaron el suceso, tanto que algunos días despues eran ya muchas las que acudian á S. Antonio en sus necesidades ofreciendo limosnas de pan y que cumplidos sus deseos cumplian ellas por su parte dando de comer al hambriento.

Una amiga de la señora Bouffier, testigo de los primeros milagros, hizo promesa de dar un kilogramo de pan diario durante toda su vida si lograba que cierta persona de su familia abandonase un vicio que desde antiguo le esclavizaba. A poco la gracia fue concedida, el vicio desapareció y la señora, además de comenzar á cumplir puntualmente su promesa, compró una estatua de S. Antonio y se la regaló á la señora Bouffier para que la colocase en un cuartito de la trastienda convertido en improvisado oratorio.

A contar desde ese día fueron innumerables las gentes que comenzaron á acudir á aquel rincón á pagar al Santo los favores y gracias recibidas. Ya era un soldado ó un oficial de marina que partiendo para largo viaje habia prometido á San Antonio cinco francos mensuales de pan si regresaba sin accidente alguno, y lo habia logrado. Ya era una madre que habia pedido y obtenido la salud de su hijo ó el buen éxito de un examen; ya era una familia que habia solicitado la conversion de una persona querida que iba á morir, ya era una pobre criada sin colocacion ó un obrero sin trabajo que habian visto satisfechas sus aspiraciones. Cuantos ofrecian limosnas de pan para los necesitados obtenian favores á manos llenas.

Era muy natural que las limosnas crecieran.

Algun tiempo despues ascendia ya á dos mil reales el importe del pan que la Sra. Bouffier repartia mensualmente á los pobres.

La obra sigue creciendo

Durante el año 1890 y parte del 91, la Sra. Bouffier siguió recogiendo las limosnas depositadas en el cepillito de San Antonio sin llevar cuenta ninguna. Cada semana vaciaba la caja, compraba el pan y lo enviaba á la congregacion de las «Hermanitas de los pobres». Al principio apenas bastaba para abastecer á todos los enfermos de este asilo, pero á poco creció tanto el ingreso diario, que la buena señora tuvo que establecer una contabilidad.

He aquí sus primeras cifras recapituladas por años.

Año	1892.	Pesetas, 5,443'90
<	1893.	> 38,481'85
<	1894.	> 108,506.

¿Puede darse nada mas asombroso?

¿En un año y en un solo cepillo, recoger San Antonio **Veinte mil cuatrocientos duros** para darlos en pan á sus pobres?

¡Poder de la fé! ¡Poder de la religion! ¡Poder de lo sobrenatural!

La correspondencia del pan

Era natural que no solo en Tolon sino en Francia y en el mundo entero, al tenerse noticia de los prodigios que obraba San Antonio en favor de los devotos que le ofrecian limosnas para dar de comer al hambriento, se despertase el fervor, creciese la confianza, cundiese el entusiasmo y de todas partes lloviésen cartas con donativos para la nueva obra.

Pero esto iba á traer otro apuro á la Señora Bouffier. ¿Que hacer con tanta carta?

Nada arredró sin embargo á esta mujer fuerte elegida por San Antonio para administrar sus intereses.

Para no gravar las limosnas recibidas con los gastos de correo, ofreció la Sra. Bouffier, contestar ella toda la correspondencia y aun poner el franqueo de su bolsillo. Lo único que hizo fué procurarse algun descanso los días que se veia muy abrumada, pidiendo á S. Antonio que hiciese venir muchas cartas anónimas para no tener que contestarlas y descansar.

¡Qué sencillez y qué alien'os inspira la fé!

Luego surgió otro peligro. Las cartas venian casi todas con valores: ya eran libranzas; ya billetes de banco. Calcúlese, dada la universal codicia y los adelantos en... el arte de abrir cartas, los inconvenientes que esto ofrecia. Pero la Sra. Bouffier encomendó tambien al taumaturgo de Padua este problema postal y las cartas y sus valores no se perdieron ni se pierden.

Y es que San Antonio es un excelente cartero como lo prueba el hecho siguiente ocurrido á principios de este siglo y que queremos recordar aquí.

San Antonio cartero

«Antonio Dante, comerciante de Oviedo, capital de las Asturias, en España, habiase marchado á la América del Sur. La mayor parte del tiempo residia en Lima (Perú), donde le detenian sus negocios. Su mujer Francisca, habiale escrito varias cartas sin recibir contestación ninguna, lo que la tenia en la mayor inquietud.

Bajo esta impresion, fuese un día á la iglesia de S. Francisco de Oviedo, en la que se venera una antigua y grande estatua de S. Antonio.

En su ingenua confianza, coloca en manos del Santo una nueva carta dirigida á su marido: «Santo mio, le dice, haced, es lo suplico, que ésta le llege, y que tenga la dicha de recibir pronto su contestación.»

Al día siguiente vuelve á hacer la misma súplica; mas al fijarse en la imagen del Santo observa que tiene una carta en su mano.

Creyendo sin duda que era la que le habia entregado la vispera, pónese á gemir y quejarse en alta voz: «¡Oh! ¡S. Antonio bendito! ¿Por qué guardaros una carta que escribo á mi marido, en vez de hacer que llege á su poder como tanto os lo habia suplicado? ¡Ah no me habeis escuchado, no me habeis consolado en mi tristeza!»

En esto el P. sacristán que había oído sus ayes, acércasele preguntándole el motivo de su pena.

Cuéntaselo la mujer. Mas el Padre, que en efecto y no sin sorpresa, había reparado que la estatua tenía una carta en la mano, animóla á que la coja, confesándole que él en vano había tratado de hacerlo. Obedece la atribulada esposa, y sin el menor trabajo despréndese la carta, al tiempo mismo que de las mangas salen trescientas monedas de oro que vienen á caer á sus pies.

Admirado el sacristán apresúrase á dar parte del hecho milagroso al convento; tras él acuden los religiosos, que rodean el altar, y en su presencia ábrese y léese la prodigiosa carta, que decía así:

«Mi querida esposa: Tiempo hacia que me encontraba en Lima muy preocupado por no recibir noticias tuyas, cuando tu carta ha venido á traerme la tranquilidad y alegría; es un Padre de la Orden de S. Francisco quien me la ha entregado.

«Te quejas de que dejo tus cartas, sin contestar cuando es así que te puedo asegurar que no he recibido desde que estoy aquí, ninguna tuya: tanto es así, que ya te daba por muerta; por lo que, al recibir esta última, mi alegría ha sido inmensa.

«Te contesto por el mismo Religioso que me la ha traído, y por él te envío trecientos duros en oro que bastarán para tu mantenimiento hasta mi próxima llegada.

«En la esperanza, pues, de verme pronto á tu lado, pido al Señor te sea favorable, encomendándome mucho á mi Santo y Patrón, y deseando ardientemente sigas escribiéndome con frecuencia. Tu entrañable esposo, ANTONIO DANTE.—Lima 23 de Julio de 1729.

—Esta carta se conserva en Oviedo.»

¡Cómo no conservarla!

Proporciones colosales

El grano de mostaza del Evangelio se hizo un árbol tan frondoso que á su sombra anidaban las aves del cielo.

El Pan de S. Antonio ampara hoy á tanto hambriento que es un pasmo; porque no solo acuden á él los hambrientos del cuerpo sino los del alma.

He aquí las obras que sé sostienen de este pan solo en la diócesis de Frejus.

Hermanitas de los pobres de Tolon y Draguignan.

Casas de huérfanos de la Seyne, d' Hyeres, de la Navarra, de Saint-Cyr de Cuers, Draguignan y de la Villa de Lerines.

La casa de la providencia á Tolon.

La casa del Buen Pasto.

La de las Arrepentidas.

Dos comedores de caridad.

La asistencia á los niños.

Los huérfanos del hospital civil.

Ocho comunidades de clausura, únicamente pobres.

Veinte obras de caridad de otras varias clases.

Las conferencias de San Vicente de Paul de Tolon.

Las de extramuros.

Y la obra de las señoras que visitan las bohardillas.

Y esto en una sola diócesis de Francia.

¿Qué será pues en el resto del mundo por donde corre ya como chispa eléctrica la nueva devoción?

La Sra. Bouffier en 28 Marzo de 1893 escribía á un P. Capuchino «¡Oh! si esta devoción del pan de los pobres se estableciera en todos los pueblos, ella salvaría á la Francia porque la caridad cubre la multitud de los pecados.»

Y el Rector de uno de los primeros Seminarios de Francia decía en otra carta: «Nuestro Señor quiere absolutamente que lo sobrenatural vuelva á ocupar su sitio preferente en la vida social y en todos nuestros asuntos; hasta los más ordinarios.

Es cierto y así se cumple.

En Paris, en el cepillo destinado á recibir las cartas á S. Antonio, en su altar de la Iglesia de Francisco I, en una sola semana, iban depositadas 487 cartas de petición y 102 de acción de gracias. Entre las primeras figuraban peticiones de salud, de conversiones, de gracias espirituales, de casamientos, de libertad de procesos, de asuntos de familia. Todas las necesidades de la vida estaban representadas allí; y en el mero hecho de acudir al cielo buscando su remedio se echaba por tierra la soberbia que es hoy otro de los males que nos corroen.

Porque bien mirado, el pan de San Antonio cura la soberbia, pues el abogado, el médico, el militar, el estudiante, reconocen que no está en su ciencia en su valor, en su pericia ó en su ingenio la razón suprema de los éxitos que alcanzan; y que el hombre planta y riega, pero Dios es el que da el fruto.

Y al mismo tiempo cura la incredulidad porque no está lejos de la fé quien acude á Dios pidiendo el socorro de sus necesidades.

Y al propio tiempo cura la codicia porque obliga á dar para recibir.

Y al par de eso cura la envidia y los enojos, porque hace resplandecer el sol de la caridad que une á los grandes y á los pequeños en el abrazo de Dios que, como padre común quiere, que nos amemos los unos á los otros.

Por eso decíamos al principio que el pan de San Antonio es un pan admirable.

Milagros de S. Antonio

Si fuéramos á referir todos los que ha otorgado el Santo desde que en Tolon abrió la puerta del almacén de la Sra. Bouffier no cabrían en muchos volúmenes.

Sabido es que S. Antonio es uno de los más grandes taumaturgos que ha habido en el mundo, tanto que un historiador, contemporáneo, aturdido por los prodigios que el mismo había presenciado en el sepulcro del Santo decía que el milagro parecía identificado y como encarnado en él.

Algunos de sus antiguos milagros son muy conocidos; como por ejemplo: cuando en Bri-

ves predicando á una gran muchedumbre encaráse con una negra tempestad que avanzaba y le dijo: «te prohibo que dejes caer en este sitio una sola gota de agua» y la tempestad obedeció dejando al auditorio encerrado en un espacio seco, mientras descargaba alrededor de él las cataratas que llevaba en su seno.

Y cuando en Rímíni, no queriendo el pueblo salir á escucharle, se fué á la orilla del mar y dijo á los peces «Venid, que más dignos sois que esta gente de oír la palabra de nuestro Criador.» Y los peces acudiendo á su voz sacaron sus cabezas dejando pasmado y arrepentido á aquel pueblo rebelde.

Y cuando en Tolosa hizo á un mulo hambriento arrodillarse ante la sagrada Eucaristía y olvidar el alimento que le presentaban, con lo que dejó vencido á un herege contumaz.

Y cuando predicando en Pádua se trasladó repentinamente á Lisboa y defendió públicamente á su padre de la falsa imputación de un crimen, resucitando á un muerto para que declarase delante de los jueces y de todo el mundo la inocencia del acusado después de lo cual desapareció para volver á Pádua.

Y cuando á un joven que, arrepentido de un gran pecado, se había cortado un pié de un hachazo, se lo restituyó y unió á la pierna dejándole instantáneamente curado y más ilustrado en sus deberes cristianos.

Estos prodigios celeberrimos de su historia son ya del dominio público; así es que ahora solo vamos á reseñar los que pudiéramos llamar sus favores de hoy: los que hace á cambio de pan.

La buenaventura

En Octubre de 1893 una joven de Pierre-feu cayó en la tentación de acceder por pura broma á las instancias de una gitana negra como la pez, que se empeñó en decirle la buenaventura. La gitana cogióla la mano, le dijo todas las necedades que le ocurrieron y se marchó enseguida, pero no sin llevarse dos monedas de oro que á una vuelta de cabeza hurtó de encima de una chimenea.

Habían transcurrido trece meses cuando una anciana tía con quien vivía la muchacha, oyendo un día los prodigios que obraba S. Antonio en favor de las personas que le ofrecían pan para los pobres, quiso poner á prueba el poder del Santo ofreciéndole un donativo de esta especie si antes de terminar una novena en su honor recobraba las monedas robadas.

¡Rohadas por una gitana!

Fé se necesita para esta petición; pero la de la señora debió ser muy grande.

Al octavo día de la novena, al volver á su casa en la hora del crepúsculo percibe á una mujer rebujada en un pañuelo que se le aproxima bruscamente y le dice:

—¡Cuanto me has hecho sufrir!

—¿Por qué? exclama la señora temblando al sentirse abordada de aquel modo.

—Bajo la puerta las encontrarás, dice la

mujer misteriosa desapareciendo inmediatamente.

Y en efecto, al llegar á su casa, la señora que apenas podía darse cuenta del extraño incidente que acababa de ocurrirle, mira bajo de la puerta y descubre brillando en la oscuridad las dos monedas robadas trece meses antes.

Restitucion notable

Cerca de Tolon una pobre señora ve un día desaparecer de su casa mil cuatrocientos francos y no puede descubrir de la mano que se los ha hurtado.

Mil cuatrocientos francos no es una bico-ca.

La pobre señora estaba verdaderamente afligida cuando á los dos meses de ocurrido el robo, acordandose del poder de S. Antonio acude á su intervencion y le ofrece una limosna de pan sí, durante la novena que iba á dedicarle, volvía á su poder la cantidad sustraída.

El último día de la novena la señora va á entrar en su casa y encuentra sobre un poyo un lio de trapos.

—¿Qué es esto?—dice desenvolviendolo.

Eran mil doscientos francos.

Media hora despues una persona de quien ella no podía sospechar, entra en su casa y cae llorando á sus pies.

—Yo soy, dice, la autora del robo de que hace dos meses fue usted víctima: faltan doscientos francos; por Dios le pido que me espere, que yo la prometo restituirselos en cuanto los reuna.

El paraguas volante

Lo que vamos á referir tiene algo de có-mico pero confirma admirablemente la intervencion de lo sobrenatural hasta en los hechos mas triviales de la vida y demuestra que como dicen vulgarmente, con los Santos no se juega.

Una señora que en cierto día lluvioso habia hecho algunas compras en dos ó tres establecimientos de Tolon, apresurada por que se aproximaba la hora de tomar el vapor de la Syne, parte precipitadamente para el puerto dejando olvidado su paraguas en una de las tiendas donde estuvo.

Ya se hallaba á bordo cuando un fuerte chaparron le delata su descuido. En el acto se acuerda de San Antonio y le ofrece cinco francos de pan si el paraguas le es devuelto pero no bien acaba de hacer la oferta cuando ve venir á un dependiente de comercio que le trae la prenda perdida.

—¡Oh! dice entonces la señora dejándose llevar de un movimiento de codicia,—Cuando ofrecí los cinco francos ya venia el paraguas de camino, luego creo no debo nada; y diciendo esto abre el paraguas.

Pero no es tan pronta en abrirlo como el viento en arrebatárselo de la mano y lanzarlo al mar.

Ahora es cuando he quedado en paz con el Santo, debió pensar la señora viendo naufrá-

gar el interesante aparato mientras el agua la calaba hasta los huesos.

Favores á granel

No terminariamos nunca si hubieramos de referir detalladamente todos los que hemos leído en una obra que acaba de publicarse en Francia titulada «El pan de las pobres». Nos vemos pues precisados á poner en forma de lista los pocos que puedan reseñarse ligerísimamente en el reducido espacio que nos queda.

Un pobre hombre al romper en medio de una carretera unos papeles que llevaba en el bolsillo hace añicos un billete de cien francos y lo arroja al suelo con los papelitos rotos.

Al día siguiente echa de ver su torpeza, acude á S. Antonio y logra encontrar todos los pedacitos del billete á pesar de haberlos dispersado el viento durante la noche anterior por los campos circunvecinos.

La señora Bouffier recibe una carta de Constantinopla pidiendole mil francos de limosna para los pobres cristianos de Armenia afligidos por un espantoso terremoto.

El cepillo del Santo está vacío y se dispone la señora á enviar solo una pequeña limosna con harto sentimiento de su corazón, cuando recibe una carta anónima que dice así.

«*Silon de lecturas de los almazenes del Bon Marché, Paris.*

Para el pan de los pobres de S. Antonio en reconocimiento de una oracion escuchada.
E. R.

Dentro de la carta iba un billete de mil francos.

Una señora dueña de un pobre restaurant ve disminuir rápidamente sus parroquianos.

Un día apurada por la necesidad de hacer un pago, acude á S. Antonio en demanda de proteccion y á la vuelta se encuentra el establecimiento lleno de gente y con sobrados fondos para salir de su apuro.

Una madre hace nueve meses que no sabe de su hijo; está angustiada recurre á S. Antonio y á las cinco horas recibe un telegrama que le devuelve la tranquilidad.

Un marido abandona á su esposa y cuatro hijos por marcharse en compañía de una mala mujer. Acude la esposa á S. Antonio y el marido vuelve en inmediatamente al hogar doméstico.

Cerca de Sarnai robau todo el dinero y alhajas que habia en una casa; recurre el dueño á la intervencion del taumaturgo de Padua y de un modo inesperado se encuentran los objetos robados que vuelven poder de su dueño.

Un majistrado ve comprometido su honor en un vergonzoso proceso; se encomienda á S. Antonio ofreciendo cien francos de pan

para los pobres y sale libre de su causa y sin mancha en su reputacion.

Una joven ve que se le forma en el cuello junto á la carotida, un peligrosísimo tumor; recurre á los cirujanos y nadie se atreve á operarle; su mal no tiene remedio. A pesar de ser persona muy incrédula, obligada por la necesidad acude á S. Antonio y su mal desaparece rápidamente sin dejarle la mas mínima señal.

Un hombre de negocios pierde hace pocos días una cartera con veinte mil duros; su mujer acude á S. Antonio ofreciendo dar mil á los pobres si parece la cantidad estraviada y á las veinticuatro horas vuelven á casa los veinte mil duros perdidos y la tranquilidad de la familia.

Establecimiento de cepillos

Dada la trascendencia religiosa y social de esta prodigiosísima devocion, creemos que en todas partes debe establecerse con tal de que la distribucion de las limosnas corra á cargo de manos celosas é intachables, si bien conviene tener en cuenta que para ofrecer al santo limosnas de pan y darlas á los pobres no se necesita precisamente que el dinero se deposite en ningun cepillo, pues cada cual puede hacerlo por sí mismo.

ADOLFO CLAVARANA.

BIBLIOGRAFIA

MES DE JUNIO. Se ha publicado la tercera edición del opúsculo de propaganda titulado *Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazon*. El importe deberá mandarse al hacer el pedido, y el que quiera recibir el paquete certificado, mandara un sello de 0.75 de peseta. Precios. 25 ejemplares 1 peseta 50 id. 1.75 100 id. 5.00 13.50 id. 10.00. 22. Dirigirse á D. Luis Azara, Dormer 8, principal, Zaragoza.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. 4 pesetas mensuales.
Media id. 2 " "
Un cuarto id. 1 " "
Un octavo id. 0.50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Catolica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.